

CUADERNO 1

LA VIDA EN EL ARSENAL

2 de agosto – 1 de noviembre de 1914

LA MOVILIZACIÓN GENERAL. LA PARTIDA HACIA NARBONA 2 DE AGOSTO DE 1914

Una tarde muy calurosa de agosto. Las calles del pueblo casi desiertas y, de pronto, un redoble de tambor: es, sin dudas, un vendedor ambulante que desempaca en la plaza o quizá unos acróbatas que anuncian así cierta función nocturna.

Pero no, no es nada de eso porque, apenas se acalla el tambor, llega la voz del ujier o «comisario», como llaman a este único representante de la autoridad comunal.

Aguzamos los oídos esperando la lectura de un decreto sobre la rabia canina o sobre el aseo en las calles.

El hombre, sin embargo, anuncia el más terrible cataclismo que haya afligido a la humanidad desde el diluvio universal; anuncia el más grande de los flagelos, el que engendra todos los males: la movilización general, el preludeo a la guerra, la guerra maldita, infame, indecorosa para nuestro siglo, la guerra que ha de marchitar a nuestra civilización, de la cual por entonces nos sentíamos muy orgullosos.

El anuncio, para mi estupor, suscitó más entusiasmo que desolación. Las personas más inconscientes parecían orgullosas de vivir un momento en el que se produciría algo importante, formidable. Hasta los menos entusiastas no dudaron un solo instante de que se obtendría una victoria inmediata, arrolladora.

¿Austria no iba a desmembrarse con el primer impacto de los rusos?

En cuanto a Alemania, ¿no acabaría triturada entre Francia y Rusia, como una nuez entre las pinzas de un tornillo gigantesco?

Cada cual preparó con fervor su partida, como si realmente temiera llegar tarde, después de la victoria; poco faltó para que algunos se marchasen antes del día estipulado.

Se veían por entonces cosas muy extraordinarias: hermanos irreconciliables que se reconciliaban; suegras que la mismísima víspera se hubiesen abofeteado o arrancado los pelos con sus yernos o con sus nueras, pero que ahora intercambiaban con ellos pacíficos besos; vecinos que se llevaban mal y retomaban sus lazos amistosos.

Ya no hubo más adversarios políticos ni insultos ni injurias ni odios. Todo quedó muy pronto olvidado, zanjado. El primer efecto de la guerra consistía en obrar un milagro: el de la paz, la concordia y la reconciliación entre personas que se aborrecían.

¿Tamaña fraternidad sería duradera? Solamente el futuro podría decirlo.

El 4 de agosto, el tercer día después del anuncio de la movilización, más o menos la mitad de los hombres movilizados del pueblo se dirigió a la estación en compañía de casi todos los habitantes.

El mundo entero hacía gala de coraje, verdadero o falso. Solamente dos mujeres, con los nervios muy sensibles, se desmayaron al ver cómo se alejaban sus hijos o sus maridos.

En ese preciso instante, yo me encontraba apenas recuperado de una seria enfermedad, una erisipela facial que había consumido la totalidad de mis fuerzas. El 4 de agosto, fecha fijada para mi partida, a duras penas podía caminar en mi habitación. ¡Lejos me hallaba de ser apto para marchar hasta Berlín!

Prevenidos de mi imposibilidad, los gendarmes no quisieron saber nada: yo debía partir de igual modo que los demás; ya no era dueño de mí mismo pues pertenecía a la Patria, como un alma condenada pertenece al Diablo.

Mi familia se alarmó y mis adversarios políticos, que detentaban la autoridad municipal, olvidaron que yo había hecho lo imposible por arrebatárles el poder y se esmeraron en sacarme de ese atolladero. Uno de ellos invitó a subir a mi padre en su coche y fue en busca del prefecto de Aude⁹, quien gestionó por teléfono y lleno de dudas la piedad del comandante a cargo de mi reclutamiento. El comandante respondió que yo debía incorporarme cuanto antes.

Pocos días después, como me sentía con fuerzas para emprender el viaje, me dirigí a Narbona con el propósito de unirme al 125.º regimiento de reserva, instalado en un antiguo convento capuchino. Sus monjes, años atrás, habían sido enviados a cantar homilías por toda España.

Colmaba Narbona un barullo de soldados vestidos mitad de civil y mitad de militar. Ya nadie sabía dónde meter a esa multitud que acudía con una puntualidad que era desconcertante incluso para las autoridades militares, que habían esperado cientos de rebeldes y desertores. Pero no, todos parecían dócilmente felices de ponerle un cepo a su propia libertad, de postrarse bajo el yugo militarista.

LA VIDA EN EL ARSENAL

Narbona es la primera noche que pasé acurrucado en el confesionario de la iglesia capuchina donde nos amontonaron.

Narbona es una multitud de soldados atiborrando los hoteles, los cafés y aun la Bolsa de comercio.

9. Aude, departamento del sur de Francia, forma parte de la región de Languedoc-Rosellón. Su capital es Carcasona.

Narbona es el 7 de agosto y la partida del 80.º regimiento de combate hacia la frontera, y es asimismo el 13 de agosto y la partida del 280.º regimiento de reserva, los dos en medio de un entusiasmo indescriptible.

En la noche del 12 al 13 partió también, hacia Marruecos, el 125.º regimiento de reserva. Pero las calles seguían colmadas de pantalones rojos pese al vacío suscitado por la partida de estos tres regimientos.

¿Por qué habían convocado en una misma semana, en un solo día, a diez veces más soldados de los que hacían falta, a tal punto que se había detenido de golpe la vida social? ¿No hubiese sido más simple y más sensato llamar a cada clase a medida que era necesaria? El recelo militar se había abalanzado sobre el pueblo, como si este fuera una presa, para someterlo con la cortapisa de la disciplina. Quién podía decir si este pueblo, tan dócil, reaccionaría superado el primer momento de estupor.

Por eso mismo nos acuartelaron inmediatamente a todos, desde el concripto más imberbe hasta los abuelos reservistas de la RAT¹⁰, incluso a riesgo de no poder albergar ni alimentar ni vestir al miserable populacho.

Nos endosaron viejos andrajos remendados, mugrientos, que ya nadie usaba. ¡Estábamos relucientes! Con los alimentos fue peor: puesto que no nos daban nada de comer, vaciamos nuestros monederos en los bolsillos de los hoteleros, de los cocineros y de todos los comerciantes.

Nadie se quejaba mucho, pues la disciplina no era demasiado rigurosa y abrazábamos todavía la ilusión de ser libres. Pero eso no podía durar y pronto fuimos sometidos a la dictadura de un tal señor Manival, a quien habían nombrado comandante de distintos destacamentos de la ciudad.

10. Reserva de la Armada Territorial.